

ESPAÑA PINTORESCA.



LA CIUDAD DE TUY.



A ciudad de Tui es una de las mas antiguas de España. — El Padre Florez, mas que ninguno de todos los geógrafos que nos han transmitido los pormenores de su origen, lo hace subir en extremo. Dice que muchos siglos antes de fundarse Roma (1) lo estaba ya *Tuda*; y segun el mismo su fundador fué Diomedes, hijo de Aetolia, de Tydeo y Deiphyla, del cual se escriben tantas hazañas en la guerra de Troya que lo ponderaron con la de haber herido á Marte y Venus, y que sentida la diosa derramó tanta inconti-

(1) Roma se fundó en el año 753 antes de Cristo por Rómulo y en el tercero de la Olimpiada sesta.

NUEVA ÉPOCA.—TOMO II.—JULIO 11 DE 1847.

nencia en Aegiala, muger de Diomedes, que no se atrevió este á volver á su patria, y vagando por algunas partes, llegó hasta la costa de Galicia y fundó esta ciudad.

Sea fábula todo esto ó no, lo cierto es que en 94 de Cristo se estableció la silla episcopal en ella, lo mismo que en las de Mondoñedo (Britonia), Orense y Lugo por Filipo, legado del Papa San Clemente, ó por Marcelo, enviado mas tarde por San Dionisio para establecer esta y otras diócesis.

Despues, en el año de 738 la acometieron los moros, y fué tan tenaz la resistencia que hicieron sus bravos hijos, que para penetrar en la ciudad tuvieron que arruinar las murallas piedra por piedra con pérdida de mucha gente, y demoler las casas en seguida sin dejar mas que los cimientos, porque cada monton de escombros era un fuerte parapeto para los heroicos tudetanos. Sin embargo de esta derrota, el Rey D. Alfonso I, el Católico, avanzó al encuentro de los musulmanes, los batió con encarnizamiento y pudo recobrarla en el de 742. Aseguran varios

historiadores que cuando se restableció entonces se situó en distinto lugar, pues el antiguo era en el valle que llaman *Pazos de Rey* (1), donde aun existen las ruinas del de Witiza.

En el año de 766 volvió á reedificarse en el alto de una montaña, en un sitio muy llano que llaman Cabeza de Francos, con una cerca de media legua en contorno y de tres varas de espesor, con cubos y rebellines acomodados á la táctica de aquellos tiempos. Allí permaneció en tanto que fué frontera de los moros; pero despues volvió á mudarse á una legua de distancia, donde se halla actualmente, sobre las aguas del Miño, en un terreno alto á manera de isla y cercada de tres riachuelos que desaguan en dicho rio sobre los cuales se levantan cuatro puentes.

Su situación es de lo mas pintoresco, como puede verse por la lámina que acompañamos, y su campiña de lo mas fértil y delicioso. A pesar de esto y de las mejoras materiales que se han introducido, aunque muy poco ó nada alteraron su antigua fisonomía, la ciudad de Tuy, como la de Betanzos goza de muy poca celebridad; porque las ciudades, así como los hombres y las cosas, tienen sus épocas de nacimiento, apogeo y ancianidad. Tuy se halla en este último periodo. Dos veces reedificada ya, nosotros creemos que no le alcance la tercera.

Empero la antigua Tuda en su agonía aun ofrece á los ojos del viajero alguno que otro edificio capaz de excitar su curiosidad. Posee una catedral de cuatro naves, nueve capillas y dilatados claustros, que domina la ciudad como un castillo, catedral que aun levanta sus almenas del tiempo de los moros. Su fachada principal es bellísima é imponente, pero este monumento arquitectónico, el mas soberbio de la ciudad, se hubiera desplomado hace pocos años si un simple cantero natural de Pazos de Rey, Domingo de Novas, no detuviese su ruina. Hallábase, pues, la media naranja próxima á asolarse con parte de una columna del altar mayor: se llamaron hábiles arquitectos tanto nacionales como extranjeros para remediarla, pero ninguno se atrevia sin demolerla y construirla de nuevo, para lo que se necesitaba gastar muchos millones. Entonces fué cuando el pobre cantero se presentó al obispo de aquella diócesis ofreciendo reedificarla y atajar su ruina, lo que llevó á cabo sin necesidad de hacer grandes desembolsos y desde luego se le asignó por el prelado una renta vitalicia, finando sus dias en los años de 1850 al 1853, si mal no recordamos.

Despues de la catedral sobresalen San Telmo, Santo Domingo y San Francisco, edificios aunque algo deteriorados por el abandono del clero, de magníficas fachadas y excelente gusto. Las calles se hallan regularmente empedradas, algo sinuosas como las de todos los pueblos antiguos, pero muy limpias. Tiene tres puertas, una plaza mayor, algunas otras plazas y bellos paseos; y por haber sido corte de algunos reyes, ostenta una corona real en sus armas.

Sus cercanías que son las mas deliciosas y pintorescas de esta parte de la provincia, se encuentran limitadas al Norte por el monte Aloy, segun los antiguos nombraban á San Julian, tan notable por su elevación, por sus buenos pastos y abundante caza. Los naturales acostumbran á hacer frecuentes monte-

rias en él, persiguiendo las fieras carnívoras que tanto diezman los rebaños y vacadas.

Al poniente y hacia San Martin de Borreiros se levanta el de la Grova, en donde se cria el mejor ganado mular y aun algo de caballar; y si bien este último no llama la atención por sus gigantescas formas, puede competir en velocidad y fortaleza con el mas celebre de la Península.

Como dejamos dicho, el Miño besa sus murallas. Hé aquí lo que dá alguna importancia á la población. La pesca del salmon, truchas, lampreas, sábalos, tahinas y mugiles es abundantísima y por lo mismo uno de los principales ramos de la riqueza territorial; pero si bien el Miño por este lado es un tesoro para los tudetanos, en sus avenidas inunda las inmediaciones de la antigua ciudad y su famosa campiña la vega del Oro, que tiene cerca de cuatro leguas de longitud y dos escasas de latitud. A veces es tan crecido el desbordamiento del Miño que los habitantes del arrabal se ven precisados á abandonar sus casas, y no solo sucede esto por la orilla de España sino tambien por la de Portugal, principalmente en las vegas de Ganfe y Ouriqueira.

En nuestras guerras de Portugal ha padecido mucho la ciudad de Tuy en algunas invasiones de los portugueses, por lo que su muralla se halla bastante ruinosa. Hoy día cuenta mas de cinco mil habitantes, y la civilización de sus naturales se halla á la altura de la mas culta del antiguo reino.

BENITO VICETTO Y PEREZ.

MADRID ARTISTICO.

SAN ISIDRO EL REAL.

Conclusion.

Permitasenos hacer una digresion para dar noticia aunque brevemente de los sitios en que ha estado colocado el cuerpo de San Isidro. Murió este héroe cristiano en 1130 segun los Bolandos, Ferreras, Pellicer y Paji. Consta positivamente que estuvo sepultado cuarenta años en el cementerio descubierto de San Andrés, al cabo de los cuales fué trasladado á un sepulcro de piedra entre el altar del titular de aquella parroquia y otro dedicado á San Pedro, segun dice Juan Diácono: creció la devoción á nuestro santo, y si hemos de convenir con Bleda, Rosell y otros autores, Alfonso VIII le erigió una capilla, y puso en ella su sagrado cuerpo, habiendo reconocido en él al pastor que le guió en la milagrosa batalla de las Navas, sobre lo que se suscitaron acalorados debates en el siglo pasado. Como quiera que sea, no cabe duda que la capilla existió á la parte del Norte, donde ahora está la del Obispo, y aunque no es posible fijar la época de su construcción, es cierto que desde muy antiguo recibia en ella culto público San Isidro, que era visitado por los reyes que venian á Madrid á celebrar Cortes ó por cualquiera otra causa, y de ella era sacado en rogativa cuando ocurría ó amenazaba alguna calamidad, celebrándose tres procesiones to-

(2) Pazos en el dialecto provincial significa palacios.

dos los años con su imagen radiante, y viéndose rodeado su sepulcro de infinitas presentallas. Varias visitas hablan de la referida capilla. En 1520, con anuencia del Pontífice Leon X, el licenciado D. Francisco de Vargas, hijo de Madrid y devoto de San Isidro, levantó una capilla mas espaciosa, en el mismo sitio que la anterior, con comunicacion á la iglesia por donde está el altar de San Roque. Ocurrieron disensiones entre la parroquia y los capellanes de nuestro Santo, y el obispo de Plasencia D. Gutierre de Carvajal, hijo del licenciado D. Francisco de Vargas, reedificó la capilla fundada por su padre titulándola de San Juan de Letrán, y terminó las cuestiones que existian por medio de una concordia que celebró con el clero y parroquianos de San Andrés, en virtud de la cual, y con beneplácito del arzobispo Don Juan Tavera, se volvió el santo cuerpo á la capilla mayor de la mencionada parroquia, costeando al efecto el obispo D. Gutierre á la parte del Evangelio un soberbio mausoleo.

Sabido es que en 1619 fué beatificado y en 1622 canonizado San Isidro, y el pueblo de Madrid, que solemnizó con magnificas funciones este fausto suceso, cual se vé por la curiosa relacion que de ellas escribió Lope de Vega, no podia consentir que su santo patron careciese de un templo propio y en 1642 se trató de erigirle, pero no tuvo efecto este piadoso proyecto hasta que arruinada la parroquia en 1656 volvió el santo cuerpo á la capilla del Obispo, y á espensas del Rey Felipe IV y de la villa de Madrid se empezó en 1657 la suntuosa actual capilla de San Andrés, á la que se llevó con mucho aparato el mismo cuerpo el día 15 de Mayo de 1669. Permaneció en ella cien años menos cien dias y de allí fué sacado y conducido al retablo en que al presente se venera. La primitiva sepultura del cementerio quedó dentro de San Andrés cuando los Reyes Católicos aumentaron esta iglesia para hacer la tribuna en que asistían á los divinos oficios mientras habitaron en las casas de D. Pedro Laso de Castilla, y habiéndose mudado el presbiterio al reedificar la parroquia en 1657, quedó dentro de aquel al lado del Evangelio dicha sepultura que es visitada por infinitas personas, en particular el día 15 de Mayo.

Volviendo á nuestro asunto, del que nos hemos separado contando con la indulgencia del lector, decimos que los cuadros de los retablos colaterales son de Francisco de Rizi: el de la parte del Evangelio representa á San Francisco de Borja, absorto al ver el cadáver de la emperatriz Isabel, y el del opuesto lienzo á San Luis Gonzaga postrado ante la virgen del Buen Consejo que le manda entrar en la Compañía de Jesus. En ambos se nota el anacronismo de estar los santos vestidos ya de jesuitas.

CAPILLAS. Pasando á las capillas empezamos á examinarlas por la de nuestra señora de la Soledad (antes de San Ignacio) propia de la casa de Borja. Lo primero que llama la atencion es la Imagen de la Santísima Virgen hecha de orden de la Reina Doña Isabel de Valois por Gaspar Becerra, quien ejecutó dos efigies y no habiendo quedado la Reina satisfecha se hallaba muy apurado, hasta que en sueños oyó una voz que le dijo: apaga el tronco que arde en el hogar, y haz con él la imagen. Así lo verificó Becerra y logró complacer á la Reina, presentándola este hermoso simulacro en el que

«están señalados dice el señor Cean Bermudez, el dolor, el decoro, la ternura, la constancia y la conformidad de la Madre de Dios en su tristísima situación hasta el punto que es comprensible.» A propuesta de la condesa de Ureña se puso á esta imagen el traje de señora viuda del siglo XVI, sirviendo de modelo el que la misma condesa usaba. Dos historias se han publicado de esta milagrosa Virgen de la Soledad, sus autores son Arcos y Sopuerta. Pintaron al fresco esta capilla, que es de planta elíptica con un reducido presbiterio, D. José Jimenez Donoso y Claudio Coello.

En el cañon de la iglesia hay seis capillas grandes y cuatro pequeñas, todas escasas de luces. La de los hijos de Madrid ó sea de la Concepcion tiene en su altar una Nuestra Señora obra del escultor José de Mora y en el ático un cuadro de Alonso Cano. Las efigies de San Dámaso, San Isidro y Santa Maria de la Cabeza son de D. Luis Salvador y Carmona. La capilla de Nuestra Señora del Buen Consejo es de crucero con cúpula y fué trazada por Sebastian de Herrera Barnuevo, quien ejecutó las estatuas de San Joaquin y Santa Ana, y las pinturas de la cúpula; pero no era tan buen arquitecto como pintor y escultor, así el retablo es bastante desgraciado. Están afeadas las paredes con tallas doradas que sobre ser de mal gusto se hallan en el mayor deterioro: el San Ignacio de la entrada y una Nuestra Señora son de Alonso Cano, y los floreros de Juan de Arellano. La pintura del Angel de la Guarda en la última capilla es de D. Juan Alfaro y Gamez: en la misma ha colocado á Nuestra Señora de la Esperanza, la congregación llamada del pecado mortal.

Frente á esta capilla se encuentra la de los mártires del Japon, Pablo Miki, Juan de Goto y Diego Kisai cuyo cuadro pintó el licenciado D. Diego Gonzalez de la Vega. Observa el señor Rosell que á pesar de haberse dedicado esta iglesia á San Francisco Javier, la efigie de este Santo siempre estuvo en la capilla de los Mártires, y nunca llegó á colocarse imagen alguna en el gran nicho del altar Mayor ni en el de la fachada, hasta que los ocuparon nuestros santos labradores. El retablo de la capilla del Cristo es churrigueresco y esto basta para saber que es de malísima arquitectura. El Santo Cristo en la cruz es obra del hermano Domingo Beltran, coadjutor de esta casa y las efigies de Nuestra Señora, San Juan y la Magdalena las hizo Don Pedro Mena y Medrano. Pintaron la cúpula y pechinas Claudio Coello y José Donoso y lo demás Dionisio Mantuano. Los cuadros de la Pasión y los óvalos de San Pedro y la Verónica son de D. Francisco Rizi. El altar de la Sacra Familia y sus pinturas son de Sebastian Herrera, que á la verdad estuvo mas feliz en este que en el del Buen Consejo en la parte de arquitectura.

Merecen verse en el retablo de la inmediata capilla de San José entre la anterior y la del Santo Cristo, los cuadros de San Antonio Abad y San Antonio de Padua hechos por Francisco Herrera, é igualmente los de varios santos de D. Pablo Pernicharo y D. Juan Peña en las paredes, y en la capilla al frente los fundadores de religiones de D. Antonio Gonzalez Ruiz.

Antes de entrar en la sacristia se pasan dos piezas, en la primera está el retrato de la fundadora de este iglesia y en la ante-sacristia pintó al fresco el techo, que es de cielo raso, D. Antonio Palomino representando un triunfo de San Francisco Javier. Del mismo son los cuadros de San Pedro y San Pablo del tamaño na-

tural y otros cuatro de asuntos sagrados; los de la Circuncision y Presentacion en concepto del señor Ponz, pertenecen á la escuela napolitana.

La sacristia es de planta rectangular, abovedada y bastante espaciosa, pero falta de luces: adórnala pinturas de muchos y buenos profesores. Sobre la puerta hay una preciosa adoracion de los Magos, de Ticiano, que si no la restauran se perderá pronto: en la parte inferior del relicario, que es de mala arquitectura, se halla con cristal una tabla que representa á Nuestro Señor atado á la columna y San Pedro llorando, obra de Luis Morales llamado el Divino. Encima del mismo relicario y tocando á la vuelta de la bóveda se vé con trabajo por la poca luz un San Francisco Javier bautizando indios, de Jordan. Tres grandes cuadros están colocados bajo otros tantos medios puntos frente á las ventanas; el de San Francisco Javier dando la comunión es de Donoso, la Purísima Concepcion del medio fué pintada para el altar de la capilla de los hijos de Madrid por Alonso Cano, y el de San Ignacio es de Palomino. En la banda de las ventanas hay un San Ignacio de Donoso y un San Francisco Javier de Francisco Santos. Los cuatro retratos de cardenales de cuerpo entero son de D. Pedro Ruiz Gonzalez. Ejecutaron los frescos de esta sacristia Claudio Coello y Jimenez Donoso.

Por la perspectiva que ofrecemos al frente de este artículo y que ha sido trabajada con mucho cuidado, pueden nuestros lectores de provincias formar una exacta idea del templo que acabamos de describir, y en cuyo ámbito vivió san Isidro con su virtuosa compañera hacia el sitio en que está la sacristia, y en el espacio que ocupa la bóveda de la capilla del Cristo hicieron aquellos santos esposos una cueva y un pozo, por lo que los jesuitas, celebraban con misa y sermon la fiesta de nuestro santo patron, antes de ocurrir su primera estincion.

MEMORIAS SEPULCRALES. La buena costumbre de erigir sepulcros magníficos en las iglesias estuvo en auge durante los siglos XV y XVI: en el primero produjo admirables sarcófagos el estilo gótico florido y en el segundo el plateresco. Perdióse despues tan loable usanza, quedando los templos construidos en los dos últimos siglos privados en general de un adorno tan propio de la casa del Señor y tan útil para las artes. Quien penetre en la iglesia de San Isidro creará ciertamente que á su sombra no reposan cenizas ilustres, empero no es así: en el pequeño presbiterio de la capilla de nuestra señora de la Soledad al lado del evangelio hay un sepulcro de mármol negro en el que reposa el padre Diego Laynez, que figura entre los españoles mas célebres del siglo XVI, fecundo en grandes hombres. Fué uno de los primeros compañeros de San Ignacio de Loyola y uno de los siete generales que asistieron al santo concilio de Trento en el que estuvo en 1545, 1551 y 1562. No quiso admitir las mitras de Florencia y Pisa ni el capelo con que en dos ocasiones fué agraciado, y habiendo sido llamado al cónclave reunido á fin de dar sucesor á Paulo IV, llegó á saber que él era el escogido para ceñir la tiara, causándole esta nueva tanta pena que le obligó á escaparse, á pesar de lo cual doce cardenales de nuevo le consagraron sus votos. Léese en la tumba de este sábio y humilde jesuita la siguiente inscripcion:

D. O. M.

Ven. P. M. Didacus Laynez. Ex primis decem Sancti Ignatii Patribus solius, atque secundus post ipsum Præpositus generalis. Nec enim posset alius ante illum esse primus, nisi Ignatius. Vir in omni literatura clarus: virtutibus clarior. Dubium, an magis societatem auxerit, quam illustrarit. Quippe concilio Tridentino semel, ac iterum interfuit, summo patrum honore habitus; et inter concilii teologos eruditione mirabilis. Denique Cardinalitii purpura á summo Pontifice judicatus est dignus, ni refugisset; atque ideo dignior. Et quod majus, in Petri sede vacante ab aliquibus Cardinalibus summo sacerdotio, etiam suffragiis, dignus est habitus. Sibi soli infimus. Tandem plenior meritis quam annis, Romæ migravit ad Dominum, 19 Januarii, anno 1565, ætatis 53: Inde ejus ossa huc traslata, anno 1607. In pace requiescunt.

En una pieza inmediata á la antesacristia se guardan los femures y la calavera de D. Diego Saavedra Fajardo, célebre diplomático y autor de las Empresas Políticas y de otras obras que le han dado eterno renombre. Entre los claros varones que han sido sepultados en las vastas bóvedas de San Isidro, citaremos solamente en obsequio de la brevedad al V. P. Juan Eusebio Nieremberg autor de infinitas obras; el cual se halla al presente en la bóveda del Buen Consejo, al P. Pedro de Rivadeneira y al P. Gaspar Sanchez sujetos eminentes en virtud y letras, á D. Francisco Sanchez Villanueva gran orador, obispo de Canarias y uno de los fundadores de la respetable congregacion de presbiteros naturales de Madrid, á D. Francisco de Borja y Aragon nieto de San Francisco de Borja y quinto principe de Esquilache, conocido por las estimables obras que escribió y al principe negro D. Felipe de Africa (Muley Xequé) hijo del soberano de Marruecos de quien habla Pellicer en las notas del Quijote.

En el último pilar del templo á la parte del evangelio se vé un sencillo monumento de mármol negro con escudo de armas, costado en 1647 por el Nuncio de S. S. Julio Rospigliosi, el mismo que con el nombre de Clemente IX ocupó el sôlo pontificio en 1667. La inscripcion del referido sepulcro, dice así:

D. O. M.

D. Hieronimo Rospigliosi, Patricio Pistoriensi, equiti ordinis Sancti Stephani; cui primogeniti prerogativam natura dedit et virtus; pietate in Deum, humanitate in omnes, ingenio, prudentia, scientiarum ornamentis, et equestribus disciplinis perennitatem promerito; qui præreptus tercio supra vigesimum ætatis anno, senectutis nihil desideravit præter annos; quem Matritensis curia publico procerum luclu unico jacturæ solatio, nec tam lacrimis extulit quam laudibus, D. Julius archiepiscopus Tarsensis in Hispaniarum regnis Nuntius Apostolicus, charissimo ex fratre nepoti, gentis suæ desiderio non perituro, hoc amoris dolorisque monumentum moerens merenti posuit.

Anno MDCXLVII.

Terminamos nuestro corto trabajo repitiendo las mismas palabras con que dimos fin en otro número á la descripción del soberbio santuario de Loyola. «¡Quiera Dios que á este insigne templo no le quepa la misma suerte que á otros no menos insignes ha cabido.»

JOSE MARIA DE EGUREN.

NOTA. En la página 242 del número anterior al fin de la primera columna, dice: la primera espresa la caída de San Pablo y la segunda un San Francisco Javier: léase vice-versa.

CIENCIAS.

QUIMICA.--ACIDO SULFURICO.

El ácido sulfúrico es el cuerpo químico que presenta mas interés, tanto al hombre científico como al industrial; por su energía y precio módico es hoy día un agente indispensable en las ciencias y en las artes. Se le puede considerar como el termómetro que marca el grado de desarrollo de estas, por la gran conexión que con ellas tiene.

El descubrimiento de este ácido es debido según opinión de todos los químicos, á Basilio Valentino, alquimista de Erfut y monje benedictino, nacido en 1594. Dióle este célebre químico el nombre de *ácido vitriólico* porque entonces y hasta mucho tiempo después, solo se le extraía del proto-sulfato de hierro, llamado también *vitriolo*; sin embargo, aun es mas

propio que el que se le daba comunmente, por su consistencia oleaginosa; de *aceite de vitriolo*.

Ultimamente se ha conocido su naturaleza y se le ha hallado compuesto, así como el ácido sulfuroso, de azufre y oxígeno en diferentes proporciones. Por esto se le designa, según la nomenclatura moderna con el nombre de ácido sulfúrico con el que se le conoce ahora en el comercio.

Hay dos clases principales de ácido sulfúrico, la primera es el ácido de Norclhasen, que se le da este nombre por extraerse en este punto: la segunda que no es mas que una modificación de la primera es el ácido hidratado ó acuoso.

El ácido de Norclhasen se prepara, calentando el sulfato de hierro, hasta que pierda una parte del agua de su cristalización, y pase al estado de sulfato ferrico. Esto así, se le coloca en una retorta de barro de Zamora, representada por la letra *a* Fig. 1.^a poniéndole á la temperatura de rojo blanco. A esta temperatura el ácido abandona el óxido ferrico, y se le recoge en un recipiente de vidrio *b* colocado al efecto que ajuste á la retorta.

Este ácido así obtenido, tiene dos modificaciones, á saber, ácido anhidro ó sin agua y ácido hidratado ó acuoso. Estas variedades se obtienen calentando el ácido de Norclhasen en una retorta que tenga un recipiente muy limpio y seco según el aparato de la figura 1.^a Lo primero que destila es el ácido acuoso; quedando un producto en la retorta, que á menos de + 18.° c. se convierte en una masa de pequeños cristallitos, incoloros, de forma fibrosa. Espuesto al aire



esparce un humo denso; a + 18.° c. es líquido y a + 20.° su densidad es de 1,97. Se volatiliza á algunos grados sobre su punto de fusión. Tiene mucha afinidad con el agua, tanto que, cuando se echa en él una pequeña porción, se oye un ruido semejante al que produciría un hierro candente introducido en esta.

Su aplicación en las ciencias es muy corta: en las artes únicamente se usa para disolver el indigo empleado en la preparación del azul de Sajonia, para la tintorería, en cuyo uso no tiene tantas ventajas el acuoso.

Su composición en átomos es: un átomo de azufre y tres de oxígeno, que se espresa por S. O.³

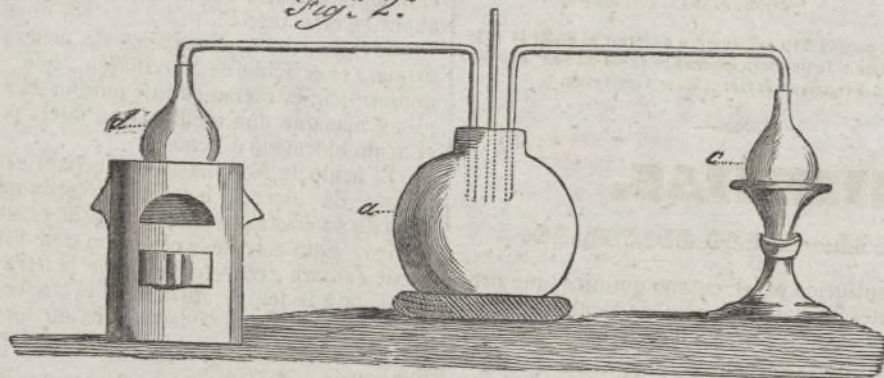
El ácido sulfúrico acuoso, que es el que tiene el comercio, se presenta líquido, blanco, sin olor, de

consistencia oleaginosa, enrojece el tornasol; su densidad es de 1,482.

Este ácido es uno de los cáusticos mas violentos, descompone rápidamente las sustancias animales y vegetales que se ponen en su contacto, por lo que es uno de los venenos mas enérgicos, aunque son raros los casos de intoxicaciones causadas por él, por los crueles tormentos á que se espone el que hace uso de él para objeto tan depravado. Sometido á un frío de 10 á 12° se congela y cristaliza; si está diluido en agua, su congelación puede verificarse á los 0.° Si se calienta poco á poco, se dilata, hierve y se vaporiza sin descomposición, pero haciendo pasar su vapor por un tubo candente se descompone del mismo modo que el anhidro.

No lo alteran ni el aire, ni el oxígeno, solamente él se apodera de su humedad. El aire le suele ennegrecer, pero es á causa de las moléculas de materias orgánicas é inorgánicas, que contiene en disolución con el agua en vapor que este tiene.

Se combina con el agua, desprendiendo bastante calor y disminuyendo de volumen. El calor producido es tal, que un termómetro puesto en una mezcla de cuatro partes de ácido y una de agua, sube á 105.°; si en vez de agua se pone nieve ó hielo en las mismas

Fig.^a 2.^a

proporciones también sube; pero si la mezcla se hace en proporciones inversas, baja á 17.° Cuando está diluido en agua, poniéndole á la acción del calor, abandona el exceso de esta, hasta que llega á contener un solo átomo y entonces se volatiliza.

Este ácido suele encontrarse libre en los charcos que se forman en las inmediaciones de los volcanes, aunque en muy corta cantidad. Conocida su naturaleza nada ha sido mas fácil que hallar medios para obtener grandes cantidades. En los laboratorios se prepara valiéndose de un recipiente *a* Fig. 2.^a lleno de aire cerrado con un tapon que tenga tres agujeros, que dan paso á dos tubos encorvados, y á otro recto que sirve para dar paso al aire; los otros dos comunican con dos redomitas *c* y *d*; de la una se desprende deutóxido de azoe y de la otra ácido sulfuroso.

En el momento que estos gases húmedos llegan al recipiente, el aire cede su oxígeno al deutóxido de azoe que se convierte en ácido hiponitrico. Una parte de este ácido, es descompuesta por el ácido sulfuroso, que se convierte en ácido sulfúrico, entonces se une con cierta cantidad de ácido nitroso y de agua para formar unos cristales blancos que se adhieren á las paredes del recipiente y que despues son descompuestos por el exceso del agua. El ácido sulfúrico se disuelve, desprendiéndose el deutóxido de azoe y ácido hiponitrico sobre los que acciona el aire.

En las artes para obtener mayores cantidades, se extrae quemando grandes cantidades de azufre y nitrógeno en una basta cámara cuadrangular, forrada de láminas de plomo. Esta cámara debe tener cuando menos cinco ó seis varas de longitud, por ocho ó diez de latitud y diez de altura. Compónese de láminas de plomo soldadas por sus bordes y adheridas á una armadura exterior que está aislada, como una jaula, á una vara del suelo y casi á las mismas distancias de las paredes, de modo que pueda andarse á su alrededor y reconocer los agujeros que podrian formarse.

El suelo de la cámara está ligeramente inclinado á fin de poder extraer el ácido por medio de llaves de plomo ó de un sifon. Se coloca la mezcla sobre una plancha de hierro colado, que tiene un reborde y es-

tá colocada á corta distancia del fondo, esta plancha descansa sobre un horno colocado debajo. Se puede comunicar fácilmente por medio de una puerta con tapa de corredera que se halla en una de las paredes laterales, por cuya abertura se puede introducir la mezcla, y extraer el residuo de la combustion.

Se renueva el aire de la cámara por medio de una válvula colocada en la pared opuesta; finalmente, se ve el estado de la combustion, por una ventanita con su vidrio que debe haber en la puerta, de este modo se pueden quemar nuevas mezclas, hasta que el agua que debe tener la cámara, esté suficientemente cargada de ácido concentrado. La cantidad de agua que debe emplearse, debe ser proporcionada al ácido que se quiera. Cuando el ácido sulfúrico que se ha condensado en el agua de la cámara, marca cerca de 40.° en el pesa ácido, se le extrae por la llave ó sifon.

El ácido sulfúrico así obtenido, está muy lejos de estar puro, pues siempre contiene gran cantidad de agua, un poco de ácido sulfuroso y ácido azoico y por último un poco de sulfato de plomo formado durante la operacion.

Para encontrarlo, se le pone en calderas de plomo sobre el fuego, hasta que marque 55.° Se le introduce en un alambique de platino (pues el cristal es demasiado débil para esta operacion) con capitel del mismo metal que comunique con recipiente de plomo. Este recipiente sirve para condensar los vapores que lleva consigo cierta cantidad de ácido sulfúrico. Este último aparato le concentra hasta 66.°: no se le debe concentrar mas porque se evapora. Se le extrae caliente de la cuncurvita, por un sifon de platina que se enfria, manteniéndole dentro de un tubo por el que pasa una corriente de agua fria; guardándole en botellas grandes de barro para espenderlo en el comercio.

Del mismo modo se concentrará, cuando en el comercio se halle adulterado, si el uso que de él se quiere hacer, necesita mayor grado de energia.

El ácido sulfúrico hidratado, está compuesto de un átomo de ácido anhidro y otro de agua, $\text{SO}_4 + \text{H}^{12}\text{O}$. Para conocer la presencia de este ácido en las aguas

el mejor medio es valerse de las sales solubles de varita, el carácter esencial es; formarse un precipitado semejante á la leche cortada, este precipitado es el del sulfato de barita, insoluble en el agua.

No permitiendo las dimensiones del periódico entenderse mas, concluiré esponiendo varias de sus principales aplicaciones. En la quimica se emplea como reactivo, sirviendo para preparar casi todos los ácidos. En las artes se usa para la fabricacion de la sosa artificial, en la de la alumbre, en el afinado de plata y oro, sacarifacion de la fécula; y por decirlo en una palabra, casi todas las operaciones de los laboratorios y manufacturas reclaman directamente su uso.

VICENTE ARGENTA.

La casa de Pero-Hernandez.

LEYENDA ESPAÑOLA.

CAPITULO VII.

El cual es necesario que preceda al capítulo que sigue despues.

En esto comenzó á alborazar, y mientras toda la concurrencia fijaba la vista en el pergamino, examinándolo detenidamente con el mas religioso silencio, oyóse al sacristan desde la calle llamar á grandes voces al cura, dando al mismo tiempo á la puerta una multitud de aldabazos.

—¿Qué hay, Pacomio? ¿qué hay? preguntó el cura asomándose á la ventana.

—Ay padre Vicario! contestó el sacristan, mientras bajaba el ama á abrirle. ¿Sabeis que han robado la iglesia?

—¿Cómo! ¿qué es lo que dices?

—Sí señor; pero á bien que el ladron está preso, y que no se me escapará.

—Un ladron! exclamó el alcalde. Pobre de él si cae en mis manos. El me vengará de los sustos que he pasado esta noche.

—¿Pero cómo ha sido ese robo? preguntó el cura al sacristan, no bien este entró en la cocina.

—Qué se yo? contestó Pacomio. Yo estaba conjurando la tempestad en la torre como vuesa merced me ordenó, y mientras cumplia con mi oficio, los ladrones estaban abajo despojando la sacristia de todas las velas y hachas, y llevándose el paño mortuorio; pero no es esto lo peor del cuento, sino que se han llevado tambien el cuadro del glorioso San Roque, y....

—¿Qué sacrilegio! qué horror!

—Eh! dijo Diego, no hay que exasperarse, y dejemos hablar al sacristan.

—¿Y no te ha sucedido á ti nada, Pacomio? preguntó el cura.

—A mí? Nada, nada, señor. Yo he estado, como digo, tocando todo lo que ha durado la tormenta, y al bajar de la torre, he visto que faltaba todo eso, y aun no sé si faltarán otras cosas; pero esto no es ahora del caso, sino ir á la iglesia corriendo, y llevar el preso á la cárcel, desatándolo de la argolla á

que lo he encontrado amarrado en un rincon de la sacristia, y él confesará su delito y dirá quienes son sus cómplices.

—Una argolla! Apostaré, dijo Diego, á que todo esto no pasa de ser otra diablura parecida á las demas de esta noche. Vayan vuestas mercedes allá, y yo en tanto daré la vuelta á casa á ver que ha sido de mi pobre amo.

—En verdad, exclamó el alcalde, que me habia olvidado ya de él, y del abandono en que ha quedado mi casa. Vaya vuesa merced, padre cura, á la iglesia con el sacristan, y yo iré con el señor Diego á ver si mi morada está en su sitio, ó si el diablo ha cargado con ella mientras hemos permanecido aquí.

—Antes es la justicia que todo, dijo con entereza el sacristan. Yo reclamo su autoridad para conducir á la cárcel al ladron de la sacristia.

—No me niego en manera alguna á cumplir con ese deber; pero yo queria ir primero á lo que mas de cerca me toca. Sin embargo, todo puede arreglarse. Queden las mugeres aquí, y mientras el señor cura y yo acompañados del sacristan nos dirigimos hácia la iglesia, pueden Diego y el tío Ramon dar un vistazo por mi casa, y ver en que ha quedado la aventura de mi sobrino el alferéz.

—Y la de la desaparicion de mi perro, añadió Diego á continuacion.

—Eh? ¿qué dicen vuestas mercedes de alferéz y de perro perdido? preguntó Pacomio al alcalde y al escudero. Porque el ladron de la sacristia es alferéz tambien segun las señas, y á su lado y atado á otra argolla tiene por compañero á un perro blanco.

—¿Con una mancha negra en el hocico?

—Si pardiez, un perro de aguas.

—Pues! mi Gavilan sin remedio. Y el alferéz ladron será mi amo. Es cosa de volverse uno loco. Vamos, vamos, señor alcalde; vamos á la iglesia, señor cura.

—Si entiendo una palabra de todo esto, dijo el cura poniéndose el manto y calándose el sombrero de teja, consiento en llevar otra tunda peor que la consabida.

—Y yo en que me emplumen, dijo el alcalde, si doy tampoco en lo que pueda ser.

—Lo mismo digo yo, añadió Diego; pero vamos á la casa de Dios, y allá tal vez nos ilumine el cielo y salgamos de confusiones.

Y echó á andar hácia la iglesia, con el cura, el alcalde y el sacristan, quedándose en la casa del vicario el tío Ramon y la demas gente. A la sazón era ya de día, y los vecinos de la poblacion comenzaban á salir de sus casas, hechos todos unas momias y abriéndose las bocas de sueño con la mala noche pasada. Difundido en breve el rumor de que habia sido robada la iglesia, creció la multitud por instantes, agolpándose toda en torno del cura, que llevando á su derecha al alcalde, y al escudero á su izquierda, y seguido del sacristan, hallaba cada vez mas dificultad en abrirse paso por entre las turbas. Llegado á la puerta del templo, mandó al sacristan que la abriera; pero este se habia dejado la llave en la cocina del vicario, y tuvo que volver por ella. Con esto fué creciendo la gente, no pudiendo Pacomio andar un paso sin que le preguntase todo el mundo, qué era lo que habia pasado, tardando así en volver á la iglesia cerca de tres cuartos de hora, durante los cuales echaria Diego mas de trescientas pestes por su boca, consumiéndose de

impaciencia. Ya por fin tornó el sacristán, y abriendo la puerta de la iglesia, entró en ella seguido del alcalde, del escudero, del cura y de toda la multitud. Lo que Pacomio había asegurado era cierto desgraciadamente. El altar del glorioso San Roque estaba sin la imagen del santo, dando esto no poco que pensar á nuestro buen Diego Perez, recordando la escena del sótano. El disimuló sin embargo, según se le tenía prevenido, y mientras la muchedumbre expresaba con sus exclamaciones la santa indignación que la poseía por la profanación del altar, dirigióse con el sacristán, con el alcalde y con el vicario á la puerta de la sacristía. Abrióla Pacomio igualmente, y entrando dentro nuestros tres amigos, vieron con efecto al alférez preso por el cuello á una cómoda de las que contenían las casullas y demas ornamentos sagrados, sentado en la poltrona del cura, y atadas ambas manos con una cuerda sin poder moverse de allí. Gavilan en el ángulo opuesto hallábase igualmente agarrado con el corbatín consabido, teniendo ya medio pelado el cuello, merced á sus esfuerzos por soltarse. Dirigióse Diego á su amo, y tocando el resorte de la argolla dejóle respirar libremente, tras lo cual, sin reparar en las manos del alférez que según queda referido, tenía este atadas al sillón, libertó igualmente á su perro, reproduciéndose por cuarta vez la escena de las fiestas y caricias de Gavilan á un amo que tan incógnitas muestras le daba de su amor, y solicitud en el trágico-cómico curso de aquellas misteriosas aventuras.

La gente que vió en el sillón un hombre maniataado y con argolla, creyó lo que decía Pacomio, que era ni mas ni menos el autor de la desaparición del San Roque y de la de las hachas y velas, y comenzó á llenarle de improperios, llamándole sacrilego y ladrón, y amenazando sacudirle á mas. Aquí fué ella. Gavilan al verlo, comenzó á enfadarse de veras, y notando que un hombre mal vestido daba un empujón al alférez, lanzóse sobre él irritado, volcando al agresor boca arriba, con muestras de quererle devorar. Acudió Diego á impedir la catástrofe, conteniendo á su Gavilan; mas no pudo impedir que la gente se alarmase con la ocurrencia, echando á correr á la calle, y aumentando con esto en el perro su deseo de vengarse en alguno de los malos ratos pasados.

—Dios mío! decía el caído: es el perro que ahullaba anoche por las calles de la población.

—Sí, contestaban otros: el perro que acompañaba en vida á *Pero-Hernandez*.

Y con esto era todo correr, y seguir el perro ladrando, no sabiendo entre tantas pantorrillas como huían delante de él, en cual de ellas debía hincar el diente. Diego pudo al fin alcanzarle, sin mas desgracia para los fugitivos que alguna costalada en el camino, hija mas bien de su aturdimiento, que de la travesura de Gavilan.

Entre tanto habian quedado solos en la iglesia, el cura, el alcalde, el sacristán y el alférez, sin que este les supiese dar cuenta de su permanencia en tal sitio.

—Cómo ha sido esto, sobrino? le preguntaba el alcalde.

—Qué sé yo! contestaba el oficial, libre á medias no mas de los vapores que le habian tenido sin conocimiento por espacio de dos horas largas. Yo he dormido mucho tiempo sin duda, y las aventuras de anoche de-

bieron de trastornarme no poco, porque ni sé lo que me ha pasado, ni la razón de encontrarme aquí. Solo sé que he tenido unos sueños como de que veía fantasmas, y espectros, y brujas, y duendes, los cuales jugaban á la pelota conmigo, haciéndome cruzar esos aires con una rapidez extraordinaria, hasta que cansados por último, me han dejado atado á esta silla, donde me han despertado esta mañana los ladridos de Gavilan, sin que el señor que estaba aquí presente cuando sacudi mi letargo (dijo esto señalando al sacristán), se compadeciese de mí, ni quisiese acceder á mis súplicas en lo relativo á soltarme.

—Pardiez! contestó el sacristán: con qué os tenía yo por un bribon, y esperabais que os libertára?...

—Pues ya veis que no hay tal, dijo el alcalde, y que siendo sobrino mío, no puede ser el señor alférez sino el hombre mas honrado del mundo.

—Eso por de contado, dijo el cura: pero cómo nos gobernaremos para que recobre la iglesia los objetos de que ha sido despojada?

—Por lo que respecta á las hachas, contestó el alcalde, apostaría yo cualquiera cosa á que son las mismas del féretro en que estaba tendido el alférez antes de ser conducido aquí.

—Cómo! ¿Yo tendido en un féretro? Pues tambien he soñado una cosa parecida á sueño de tumba, y que se me acercaba una muger.... Oh! si! una muger! Catalina!.... no puedo dudarlo.... la he visto.

Al decir esto el oficial, parecia como poseído de una especie de delirio febril. El alcalde lo atribuyó á reminiscencias de vino, y no hizo caso de lo que decía.

—Pues si, prosiguió, dirigiendo la palabra al Vicario: las hachas que vi en la cocina y hasta el paño mortuario del féretro, yo tengo para mí que son los mismos que faltan en la sacristía; y así, si los demonios ó las brujas, ó quien quiera que sea el autor de todas estas tramoyas, han tenido á bien dejarlos en el mismo sitio, podeis darlos por recobrados, aunque haya yo de pagar la merma que hayan experimentado las luces. En cuanto al cuadro del Santo....

—Sí, proseguía el bueno del alférez, paseándose por la sacristía, no sin dar algunos traspieses. Yo he visto á esa muger sin remedio: aquella mirada, aquel aire.... aquel rostro que me enseñó....

—En cuanto al cuadro, continuó el alcalde, lo único que podemos hacer es mandar que se verifique un escrupuloso registro en todas las casas del pueblo, y veremos si damos con él.

—¿Y de qué ha de servir ese registro, si la única morada en que está es tal vez ese maldito palacio que tan malos ratos dá al pueblo?

—Es verdad! exclamó el alcalde. Mejor seria esperar la venida del Rey á que alude aquel pergamino, y darle cuenta de lo que ha pasado, y acaso dispondría su alteza el reconocimiento de esa casa, destruyéndola hasta los cimientos y mandando ararla de sal.

—Pero señor alcalde.... ¿creéis vos que un pobre lugaron como este pueda llamar la atención del Rey, y hacerle venir con su corte á compartir con los habitantes los sustos y malos ratos que ofrece?

—En efecto.... es delirio pensar...

(Continuará.)

MIGUEL AGUSTIN PRINCIPE.

Madrid 1847.—Imprenta y Establecimiento de Grabado de D. Baltasar González,
Calle de Hortaleza núm. 82.